

EL ALMA DE GARIBAY



Semanario humorístico Oscense



Director D. Fulano de Tal



La correspondencia á D. Raimundo Rodríguez
Plaza de Urriés, número 1



Redactores los que vayan saliendo

Verá la luz cuando lo dejen, pero deseando ser leído de *tútili mundi* hará lo posible por salir á la calle los domingos antes de las once, aunque no haya salido el sol, para aprovechar el descanso dominical de sus lectores.

Precio de cada número, cinco miserables céntimos, o sea el precio de dos churros.

Los números atrasados se rebajarán de precio, no sea que se raien y después no los quieran por ningún dinero.

Para fuera de la capital bastará que los curiosos que nos quieran leer remitan á nuestro Administrador en sellos de correo o como Dios les dé á entender, cinco reales o *seasc* una peseta columnaria y tendrán buen humor un día á la semana por espacio de medio año. Si ustedes piden mas, no tengo inconveniente en afirmar que son unos gorriones.

A los repartidores que nos pidan 25 números, se les hará la rebaja de costumbre.

PROPÓSITOS DE ESTA PUBLICACION

Los mejores del mundo, puesto que tratará de instruir deleitando, combatiendo de paso todo lo malo que, á juicio suyo, haya en la capital y su provincia, como, por ejemplo, el caciquismo que divide en castas y razas á los nobles descendientes de D. Ramiro.

Se admite la colaboración de cuantos estén identificados con el programa que antecede, siempre que no lo hagan en serio, porque para cosas serias ya tiene suficiente el Director con la de su suegra.

LOS DIFAMADORES

Como nuestro pequeño semanario ha tenido que consagrar dos números enteros para hacer una crítica ligerísima del número del día 10 de Agosto del fresquísimo *Diario de Huesca* y todavía le queda mucha ropa sucia en la colada, no es extraño que haya estado descansada mi modesta pluma y en suspenso la famosa cuestión de los difamadores. Hoy que me reservan una columna la aprovecho y *pelillos á la mar*.

Quedábamos en que mis amigos é interlocutores se pasmaron y se estremecieron cuando les dije que *El Diario* había averiguado que en Huesca, como en Zaragoza, como en todas partes, los difamadores eran los católicos. Yo les saqué del asombro con ligeras observaciones.

Vamos á ver. ¿En qué ha empleado *El Diario* su ya larga vida? ¿Ha sido, acaso, en defender los intereses de la religión y de la Iglesia? ¿Ha sido en contribuir con sus escritos al brillo y esplendor del episcopado oscense? ¿Se ha empleado en abrillantar los prestigios de las ilustres personalidades católicas de Huesca? ¿Ha trabajado por mantener siempre incólume y gloriosa la bandera de la verdad y de la justicia? ¿Han sido medidas sus palabras, áticas sus frases, cultas, serenas é imparciales sus discusiones, cuando por deberes del periodismo, ó por estímulos de la pasión, ó por el acicate de la vanidad, ha tenido que habérselas con alguna determinado persona? Seguramente que no, contestaron todos á una voz; antes, por el contrario, el *lexico* de sus escritos parece estar recogido en los basureros y en las cloacas.

Pues si es así, ¿cómo os admiráis de su portentoso descubrimiento? ¿Puede dar peras el olmo y cotufas el golfo? El que ha zaherido á los dos últimos Prelados que han ocupado la silla episcopal de Huesca; el que ha acogido en sus columnas, con delectación morosa, los cínicos é inmundos escritos de Retana que, más bien que trabajos literarios, parecían bolas fabricadas en estercoleros; el que alaba con frecuencia á Zola, Renan y Tolstoi, publicando trozos de sus obras,

como la última palabra de la perfección literaria y científica, cuando le consta que los dos primeros son unos insignes embusteros y unos puercos asquerosos que revuelven el estómago de los lectores con sus inmundicias y el tercero un falsario, ó mejor dicho, falsificador hipócrita de las doctrinas católicas y sociales; el que ha arrojado el cieno de sus letrinas á la frente de los católicos oscenses, queriendo hacer blanco de sus iras y salibazos la limpia historia moral y científica de lo que más aman en el mundo, después de sus creencias religiosas y su familia, como es la ínclita y valerosa Compañía de Jesús; el que usa, cuando encuentra en su carrera pechos nobles y valientes que se atreven á oponerse á las demasías de Camo y á las audacias de su órgano en la prensa, armas de baja ley, no atacando de frente, si no por el flanco, abusando del ridículo y la sátira, penetrando en el vedado santuario de la vida privada, ó bien empuñando el puñal del baratero como última y suprema razón que decida la suerte del combate, ¿puede, acaso, hablar de difamadores? ¿Es él que tiene derecho para arrojar la primera piedra? ¿No teme y se asusta viendo que es de cristal su tejado?

Ved, ahora, el por qué del descubrimiento portentoso de *El Diario*. Como los católicos se atreven á rechazar al *Magister dixit* del posibilismo oscense y, haciendo caso omiso de sus alharacas y fanfarronadas, le van sentando las costuras y poniéndole los puntos sobre las *ies*, minando, á la vez, el pedestal del ídolo, que no es de oro, ni de bronce, sino de frágil barro, de aquí que se le antojen los dedos huéspedes y difamadores, los que precisamente han acudido al palenque de la prensa para barrer tanta basura como en *El Diario* iban amontonando los que viajaban muy bien en el *machito*, sin que nadie les estorbara ni dificultara el paso.

VICTOR.

LA FUERZA DE UNA CAMISA

Por vida de Satanás! exclamaba desesperado Quico, golpeando el suelo con el pie y tratando

inútilmente de abotonarse el cuello de la camisa, esto es un tajo que me rebana el pescuezo.

—¡Pepa! ¡Pepa! gritó llamando á su mujer. ¿Qué demonios de camisa me has traído, que le faltan tres dedos para poderme abotonar el cuello?

—La única que hay en casa, contestó con sorna la Pepa, y Dios se lo pague al señor vicario de la parroquia que ha tenido la caridad de dármele, porque de otro modo no hubieras podido mudarte esta semana, gracias á las huelgas que nos están dejando sin pan que llevarnos á la boca.

—No comiences con sermones y veas el modo de arreglar pronto este cuello, que son las ocho, y á las ocho y media tenemos en el Centro una reunión en la que voy á pronunciar un discurso que va á temblar el firmamento.

—Quien ha de echarse á temblar, dijo la Pepa, somos nosotros, que sabemos que ha de salir de esa reunión una huelga para la semana que viene, y... vamos andando, es decir, vamos ayudando, porque el Sr. Paco, el de la tienda, ya me ha dicho que no fía un céntimo más.

—El Sr. Paco es un *reaccionario* con quien he de arreglar yo las cuentas el día de la liquidación social.

—Sí, pero es el caso que el Sr. Paco parece que no está dispuesto á esperar esa fecha, y quiere liquidarlas antes.

—¿Pero está ó no arreglado eso?

—Eso no tiene arreglo ahora. Te pondré un alfiler y mañana será otro día.

—¡'onme aunque sea el puñal del godo, y despacha pronto. *Rediez!*

—¿Qué te pasa?

—Que me has metido el alfiler hasta el corazón.

—Otra cosa quisiera yo meterte, *desdichao*, el *sentio* común y el temor de Dios.

—Adiós, *reaccionaria*.

Salió Quico de su casa y con paso acelerado se dirigió al local de la *Regeneración*, círculo republicano, libertario y anticlerical, donde se trabaja sin descanso por socavar todos los cimientos de edificio social.

Cuando llegó al local estaba lleno de gente y de humo de tabaco barato. Acababa su perorata un compañero que había tronado enérgicamente contra el altar y el trono recibiendo una ruidosísima ovación. Todavía duraban las felicitaciones y los apretones de manos de sus amigos, cuando entró Quico, que se traía aprendido al pie de la letra un furibundo artículo de *La Piqueta*, que era su periódico predilecto, porque tenía media redacción en Ceuta cumpliendo condena.

Pero no contaba el orador con la flaqueza de su memoria, y conque una cosa era recitar el discurso en el taller, y otra echarlo por la boca ante un público en el que no faltaban envidiosos y guasones.

Conforme se acercaba el momento de hablar, Quico sentía bascas y angustias y le parecía como si se estrechara más y más el angosto cuello de aquella camisa que le tiraba por todas partes y le cohibía los movimientos, por ser su primitivo dueño más delgado que el actual poseedor.

Quico no hacía más que meterse los dedos entre la camisa y el cuello y hacer esfuerzos inauditos para recordar algunos párrafos que se le habían olvidado.

—¡Demonio de memoria!... se decía.

—¿Pues no se me ha olvidado aquello de la «ola

negra del jesuitismo» que era donde yo esperaba las palmas?

Pues calla, esto sí que es bueno, tampoco me acuerdo del *exordio*.

Llegó el momento temido y á Quico se le secó la boca, se tiró del cuello, bebió agua y dijo:

—Compañeros; empieza á brillar la aurora del hermoso día de la emancipación. Las tinieblas de la reacción van disipándose á medida que avanza el sol esplendoroso de la libertad, pero... «¡ay!» Quico dió un ¡ay! que asustó á los oyentes. Aquel ¡ay! no estaba en el discurso; fué un pinchazo que se dió con el alfiler que había puesto su mujer en el cuello de la camisa.

Desde aquel instante Quico ya no dió pie con bola, pero aún intentó continuar.

—«Como os decía, compañeros, las tinieblas de la reacción van disipándose conforme avanza el sol esplendoroso de la libertad, pero aún queda mucha noche... mucha noche... mucha noche... Y Quico se atascó y no salió de aquella noche.

Entre los oyentes comenzaron las toses y las risas mal reprimidas, cosa que concluyó de trastornar al orador, que ciego de coraje empezó á llamar sinvergüenzas y á desafiar á los que tosían.

No se sabe á dónde hubieran llegado las cosas sin la intervención de algunos amigos que consiguieron tranquilizarlo.

Pero tan sofocado y avergonzado quedó nuestro tribuno, que en aquel mismo instante se dió de baja en *La Regeneración*, se metió en su casa, y cuando veía por la calle á uno de sus antiguos compañeros, echaba por la acera opuesta para evitar su encuentro.

La Pepa, que no era tonta ni perezosa, supo aprovechar hábilmente estas circunstancias para ir poco á poco sustituyendo en el corazón de su marido el odio africano que le habían inculcado las malas lecturas y los malos amigos, por los tiernos sentimientos de la Religión, y hoy el señor Quico, como le llaman respetuosamente sus convecinos, es un artesano honradísimo y piadoso que en vez de *La Piqueta* lee el *Año Cristiano*, y en lugar de ir al club, va los domingos con su familia á las Cuarenta Horas.

Por su parte la Pepa guarda, como una reliquia, la camisa que le dió el señor Vicario, para ponérsela al primero de sus hijos que se desvíe en el buen camino, pues no hay quien le convenza de que, después de Dios, es la camisa á la que debe la transformación de su marido.

(De *El Adalid Seráfico*).

CARNE DE SALESIANO

El Diario de Camo la encuentra sabrosísima, y aun cuando debía estar ya ahito de ella, según la frecuencia con que la come, parece que no le cansa, por ahora, como podrán ver nuestros lectores y aun los del aludido colega que tratan de defender su *catolicismo* porque pone la efigie de San Lorenzo en la portada de un extraordinario y aplaude á algún orador sagrado, sin darse cuenta de los miles de estropicios que causa entre la grey católica con sus escritos sectarios, sucediendo con esto lo que sucede con los repatriados de América, mimados por la fortuna, á quienes todo el mundo ve y palpa los millones que han traído del nuevo continente y nadie repara en los miles de desheredados que fueron allá en busca de ri-

quezas, dejando sus huesos en inhospitalarias tierras ó en el fondo de los mares

De aquí que la confusión sea cada vez más espantosa y por mucho que la Iglesia esté dando constantemente la voz de alerta contra esos lobos vestidos con piel de oveja, los tengamos siempre metidos entre el rebaño de Cristo, y de aquí también la necesidad que tenemos nosotros de poner al descubierto su maquiabelismo para que nadie se llame á engaño, sobre todo en época de elecciones que es cuando se *enforan los panes tuer-tos ó derechos*.

Nuestra misión, por tanto, en este artículo, va encaminada á demostrar que no es el amor á los obreros lo que mueve el tenedor del inverecundo gacettillero, asalariado por D. Manuel, para llevarse á la boca las tajadas salesianas, que tan ricas le saben, sino el inmoderado afán de satisfacer su hambre anticlerical. Por esto, si varía de alimentos, procura que vayan *aliñados* con la misma salsa y si

«Ayer llama soez á un jesuíta,
»hoy arremete, inminente y fiero
»en contra de un celoso salesiano
»que es todo caridad y todo celo.»

Tuviéramos en Huesca franciscanos, dominicos, agustinos, etc., como en otros tiempos más felices, y veríais cómo el tenedor consabido se movía con febril agilidad de un plato á otro sin darse momento de reposo; mas no existiendo en la actualidad otras comunidades que las del patriarca San Ignacio y el venerable D. Bosco, le es imposible variar, y sólo le faltaba á este *salesimófobo* que no le invitaran los hijos de este último al reparto de premios y clausura del curso pasado, para apretar los incisivos sobre ellos con más saña.

En los números de los días 24, 29 y 31 del finado Agosto, les arrima su correspondiente mordisco, que no varía más que en el del medio, ya que los del 24 y 31 son parecidos á los de siempre; pero el que llamaremos por antonomasia mordisco de gracia, fué el del día 29

¡Caballeros! Allí se dejó los dientes separados de las encías como si se tratara de una mandíbula postiza, quedándose de tal manera atrapados en la apetitosa carne que intentó morder, para vergüenza del mordedor, que dudo puedan sacarlos Carreros, Morenos ni Mundis, por más esfuerzos que hagan.

Ahora que están ustedes en antecedentes, vamos á poner de manifiesto la dentellada... y sus consecuencias.

Habla el periódico anticlerical: «Hoy se han celebrado en la parroquial de San Pedro los funerales por el eterno descanso del alma de don Domingo Monreal, competente farmacéutico que fué en Tardienta.

»Este acto y la conducción del cadáver se han visto concurridos.»

Aquí viene lo bueno.

«Por cierto que ha llamado poderosamente la atención la ausencia de los Hermanos (hijos habrá querido decir) de D. Bosco, tratándose de rendir tributo de caridad cristiana al hermano del fundador de esa «Escuela de Artes y Oficios», cuyas rentas disfrutaban.»

Antes de pasar adelante: oye, tú, so embustero, y á ti ¿quién te ha enseñado á mentir? Seguramente que Satanás, autor del liberalismo, que tú defiendes, y padre de la mentira.

«Sabíamos que esos Salesianos pertenecían al número de los que no responden al fin de su institución (tú, si que no respondes, ¡desdichado!

al fin para que Dios te crió, á su imagen y semejanza, puesto que estás al servicio del diablo) ni al de la fundación de D. Bernardo Monreal; (Oigan ustedes la bomba final: «lo que no sabíamos es que pertenecen al de los ingratos, pues bien pudieran y debieran haber figurado entre los concurrentes á los funerales de un hermano de su bienhechor.»

¿Qué tal? ¿Estás contento con ese desahoguito? ¡Cuánta verdad es aquello de que Dios ciega al que quiere perder! ¿Con que no asistieron los Salesianos á los funerales de referencia? ¿'on que son unos ingratos? Ahora cabe preguntar: ¿Y tú, asististe? Seguramente que no, porque de haber asistido los hubieras visto presidiendo el duelo, y si te fuese dado penetrar en otras *reconditeces*, como diría Juan del Triso, los hubieses contemplado antes del fallecimiento de D. Domingo (q. e. p. d.) junto á su lecho, elevando sus plegarias al Altísimo para que acogiese benignamente su alma y dándole la bendición de María Auxiliadora, así como aplicándole la indulgencia plenaria, *in articulo mortis*, por si no le había sido ya aplicada anteriormente. Iten más: si tú fueras vidente, de lo que distas mucho, también habrías sido testigo de que más tarde rezaron un responso cerca del féretro y de que en la capilla del establecimiento celebraron, al día siguiente, una misa de requiem, en sufragio del alma del finado, con asistencia de la familia y de todos los alumnos, sin perjuicio de lo que disponga el señor Director á su regreso del extranjero, donde se encuentra en la actualidad.

Veán ustedes cómo para darse el gustazo este hombre y este periódico de adjudicar el afrentoso dictado de ingratos á unos religiosos, se encuentran en la necesidad imprescindible de recurrir á la calumnia.

Dígasenos ahora: si revolvemos con aquel famoso *gancho del trapero* de que nos hablaban no hace mucho... ¿dónde encontraremos los difamadores?

PLINIO.

LOS TRES AMIGOS

Hay épocas en que no le es permitido al agricultor distraerse de sus rústicas faenas para entregarse al descanso, y una de ellas es la de la recolección. Desde que la dorada espiga dobla la cerviz para ser cortada por la dentada hoz del segador, hasta encerrar en los trojes el último grano que de la paja separa el viento, el labrador lleva un tragín continuo que le absorbe por completo la atención y consume todas sus fuerzas en las horas largas del día y hasta le roba el tiempo de la noche que tan necesario le es para el reposo del cuerpo y reparación de aquéllas. Y si alguno hay, *tendido á la borbota*, que delega estos menesteres en otras personas de la familia ó de servicio, con su pan se lo coman; pero mucho dudo que, más tarde ó más temprano no deje de caer entre las garras del usurero y las uñas del actuario, sin que haya poder humano que lo levante de ese triste es ado en que él mismo por su indolencia se colocara.

No es de estos el Sr. Patricio, que sabe dónde le aprieta el zapato; y debido á ello ha estado apartado de todo comercio humano, *cosido* á sus campos y á su era hasta poner á salvo los frutos con que la Providencia divina le premia los afanes de todo un año.

El Sr. Patricio ha recobrado ya su libertad y puede reanudar sus interrumpidas relaciones sociales, dando rienda suelta á sus honestos esparcimientos, en suspenso por el deber, acorde con la máxima: «No sólo de pan vive el hombre», y ya vuelve á sus diarias prácticas religiosas, ya busca la compañía de los amigos, muy especialmente la de Epifanio, ambas cosas para él muy gratas, puesto que están conformes con la educación que en la niñez recibiera y con los sentimientos nobilísimos que su pecho atesora. Helo ya en animada conversación con Epifanio, como si después de larga ausencia sintiera la nostalgia de una cariñosa entrevista. Ambos han vuelto á la vida normal é inauguran, como suele decirse de los teatros, la nueva temporada.

Bajo un copudo nogal de viña no filoxerada encontré, sin yo buscarlos, departiendo á los dos ancianos antes nombrados, á los cuales me uní, cruzados los saludos de rúbrica, y les rogué que siguieran en su conversación, si para ello no era obstáculo mi presencia; y me contestó el señor

PATRICIO.—De ninguna manera. Usted es de los nuestros y... *sarematau*.

EPIFANIO.—¿Cómo se cumple lo de «Las personas se encuentran, y no los tozales»? ¿Quién *había icir* quel primer día nos habíamos de *alcontrar* los tres *por casualidá* en el monte, en una viña, debajo de una noguera, sin aviso ni dios que lo crió?

EL OTRO.—A primera vista parece raro, pero ya no lo es tanto si atendemos á que los tres, como las cabras, tiramos al monte huyendo del mundanal ruido. Ahora que ya contamos con la amable compañía del Sr. Patricio (éste: Muchas gracias.) La reunión de los domingos será en cualquier lugar que no sea el campo, respetando inveteradas costumbres, ¿no es verdad?

P.—En cuanto á mí, así le prometo que será: *Güena ración mi dau* este verano que no *hi dormiu* en casa cinco días en dos meses...

E.—Pues yo por *lo consiguiente*. *Amos, quió icir* que no saldré de la *zuidá* como no sea por *novedá*.

Y cómo has *estau* de cosecha este año?

P.—Pues *sa recogiu bella miája*; pero no ha *llegau* más q' *amedia* cosecha. Si los fríos tardanos no *hubián* sido tan largos y *hubiá lloviu* á *prencipio* de primavera, ya *hubiá siu* otra cosa...

E.—Pero siempre más y nunca menos, *verdá*, Patricio?

P.—¡Pchis! ¿qué remedio hay sino conformarse?

E.—¿Sabes que *tas entrau* en carnes y q' *estás* muy moreno?

P.—Haber *estau* como yo al sol y al sereno y veríamos cómo tendrías el cuero...

E.—De todo eso te podrías librar si no fueras tan *desconfiau*... Tienes un hijo que *paice* un *lebrél pal* trabajo y un mozo mayor... que *pa qué*.

P.—Sí, todo lo que quieras...; pero son cuerpos sin cabeza: hombres al agua cuando les falta *dirección*. A *metá* de la *faina* estaríamos, si por ellos *hubiá* sido. Gracias á este viejo que no les ha *dejau* parar ni á sol ni á sombra... Yo los *hi llamau pa aparejar* las mulas *dimpués* de media noche. Yo les *hi aduyau* á tender la *pallada*, *regolber* la *garba*, trillar, recoger, aventar, *gribar* y dar *quiácer* á todos *pa rematar* antes. ¡A *güen* año se *hubiá* hecho todo si no *hubiá habiu* quién les *hubiá punzau* por detrás!

E.—Déjate, Patricio; al fin todos acaban sus *fairas*...

P.—Bien *ú mal*; temprano *ú tarde*; tú no entiendes *destas* cosas. No me negarás que *en hi-ciendo* las cosas mal, hay perjuicios, porque *ú* se tienen que repetir, *ú* pierden en *calidá*. Si se hacen pronto, se evitan los riesgos y dejan tiempo para comenzar las que le siguen. ¡Buenos andaríamos los labradores con tu *tioria*!

E.—¿Ya *tas sacau dencima* los duros sevillanos?

P.—Y *á más* si te *feguas* tú que yo tenía duros sevillanos? No llevaron mala *escarda pa* pagar á los *piones* de la siega y á los jornaleros de la era, *contrebuciones* y otras *jerigonzas* que no te dejan echar un *nudo* á la bolsa! Si alguno *men* ha *quedau* tan tonto había de ser que no fueran de la *Republica ú Damadeo*? Por ese *lau* no habrá *contratiempo*, Pifanio. En *güenos* tiempos estamos *pa* que no andemos *espavilau* los *contrebuyentes*!

E.—Y las tardes de los domingos cómo y dónde las pasaremos?

P.—Ya sabes que dije, si mal no *malcuerto*, que te avisaría á *domecilio*. Aún no *himos* hecho en casa la *bifara* de fin de siega y trilla. Veremos si la podemos tener el domingo, que yo creo que sí, si la dueña no tiene pensada otra cosa, y *pa* entonces ya quedan ustedes *convidaus*, de no *recebir* aviso en contra. Ese día será de *gandeamus* que *icía* mi *defunto* padre.

E.—Gracias á Dios *quimos quetto* á las andadas...

O.—Y también á usted (señalando al Sr. Patricio) que tan complaciente se muestra con los amigos. No caerán en saco roto su generosidad y espontáneo ofrecimiento.

P.—Yo, con el permiso de ustedes, voy á *refaldar* unas cepas que tienen los *fajuelos*, por el suelo...

E.—Y nosotros nos retiramos á la *zuidá* antes que *saga* más tarde.

P.—Adiós.

E.—Adiós.

Y adiós dice también el

EL OTRO.

ULTIMA HORA

Cuando no pensábamos ya ocuparnos más en este número de los desatinos libero-camistas, llega á nuestras manos *su papel* 3 del actual, en el que so pretexto de aplaudir la conocida pastoral del Prelado Metropolitano contra el lujo, censura acre y chavacanamente el esplendor del culto católico, terminando, un articulejo, en el que trata de esto, con la siguiente rociada: «Me parece mal el lujo humano, pero no me parece bien el lujo divino». Esta barbaridad, con marcados ribetes de herejía, merece capítulo aparte, y se lo dedicaremos en el próximo domingo Dios mediante; mas entre tanto... perdonadle, Señor, porque no sabe lo que se dice.

Imp. y Centro de Modelación impresa para Ayuntamientos Juzgados y demás oficinas

HUESCA.—FAUSTINO GAMBÓN.—HUESCA

Plaza de Camo (antes Zaragoza)